

Explorando la revolución china hoy

HELENA SHEEHAN :: 30/11/2025

El posicionamiento de clase, la sensibilidad generacional, los roles de género, las obligaciones familiares, las tradiciones culturales, las políticas y las fuerzas económicas

Durante décadas, China estuvo allí, en la distancia. Transformándose muchas veces, incluso mientras el resto del mundo se transformaba, como yo también me transformaba, irradió una miríada de significados a lo largo de las décadas.

Cuando era niña, la «China Roja» se perfilaba como un espectro misterioso, pero amenazador. Nos hacían temer que los comunistas pudieran llegar a nuestras habitaciones y exigirnos que renunciáramos a nuestra religión, a nuestros padres y a nuestro país. Al mismo tiempo, nos hacían simpatizar con sus hijos, porque cuando nos resistíamos a comer nuestras gachas o espinacas, nos decían que a los niños de China les encantaría tenerlas. Deseábamos que pudieran tenerlas.

Ellos crecieron y nosotros también. Ahora los veíamos como guardias rojos, exigiendo remodelar el mundo de una manera que armonizara con nuestros nuevos sueños de izquierda. Los veíamos enfrentarse a sus mayores, examinar los fundamentos del conocimiento, traspasar los límites del orden social, tal y como hacíamos nosotros. También había una dimensión de ir de las ciudades al campo, tendiendo un puente entre la vida urbana y la rural, incluso entre el trabajo intelectual y el manual, que también apelaba a nuestra sensibilidad. Luego pareció convertirse en una historia de terror, de intelectuales honestos denunciados, libros quemados y cuentas ajustadas. Esto nos detuvo en seco, especialmente a aquellos de nosotros que aspirábamos a ser intelectuales. ¿Qué estaba pasando? Estaba tan lejos. Nadie que yo conociera había estado nunca en China. No podía creer a los medios de comunicación convencionales, pero ¿cuál era la narrativa alternativa? No creía que los que agitaban libritos rojos y gritaban sobre perros falderos y tigres de papel supieran más que yo. Leí *Red Star Over China*, de Edgar Snow, y *Fanshen*, de William Hinton.¹

Se desarrollaron muchos acontecimientos dramáticos. China fue finalmente aceptada en las Naciones Unidas. Richard Nixon fue a China. Incluso se hizo una ópera sobre ello. Zhou Enlai y Mao Zedong murieron. La Banda de los Cuatro fue juzgada y la Revolución Cultural terminó. Deng Xiaoping anunció un nuevo camino llamado Reforma y Apertura. Mientras tanto, yo había pasado de la nueva izquierda a la vieja izquierda y pertenecía a un partido comunista del lado soviético de la ruptura sino-soviética. Cuando fui a Moscú y asistí a una conferencia sobre China, Fyodor Burlatsky dijo: «Te contaré un secreto. No todo está claro. No todo está resuelto». Me quedé pensando. Había tantas preguntas y las respuestas estaban tan lejos de mi alcance.

En 1989, mientras iba y venía de Europa del Este, el mundo parecía estar patas arriba. Todos los noticiarios mostraban multitudes en las calles exigiendo desde una reforma del socialismo hasta una transición al capitalismo. Vi lo que estaba sucediendo en China como

parte de esta misma marea histórica. En Europa del Este, los que querían tomar el camino del capitalismo se salieron con la suya. Los oligarcas se enriquecieron en un frenesí de expropiaciones, mientras que las masas se sumían en la desposesión y la desesperación.

En China, la historia fue diferente, pero ¿cuál fue esa historia? Comenzó a surgir una imagen del capitalismo internacional entrando en escena, del capitalismo nacional construyéndose, a menudo con negocios dudosos en la interfaz entre el capital y el partido-Estado. La agricultura fue descolectivizada. Se obligó a las empresas estatales a competir con las empresas privadas sin ninguna de sus obligaciones de proporcionar vivienda, educación o atención sanitaria. Algunos gerentes se convirtieron en propietarios y despojaron de activos a las empresas que habían gestionado. Tanto de lo que se había creado con tanto esfuerzo se estaba disipando y destruyendo. Al mismo tiempo, se produjo un desarrollo asombroso. Las zonas subdesarrolladas se convirtieron en ciudades modernas. Las masas salieron de la pobreza. El nivel de vida se disparó.

Había más idas y venidas desde China. Los estudiantes chinos comenzaron a aparecer en mis clases. Los académicos chinos acudían a conferencias académicas y otros eventos internacionales. Los sondeé y aprendí todo lo que pude de ellos. Aparecieron más artículos y libros sobre China, que abordaban el país desde muchos puntos de vista. Muchos eran hostiles, incluso belicistas, con títulos como *Countering China's Great Game* (Contrarrestar el gran juego de China) y *When China Attacks* (Cuando China ataca). Los medios de comunicación estaban cada vez más llenos de historias sobre China con calumnias diarias: «China está trabajando para acabar con la libertad en todo el mundo» y «Alerta roja: riesgo de guerra al descubierto». Las noticias sobre el éxito económico de China se filtraban, sobre todo porque el capital internacional dependía de su éxito. Al mismo tiempo, había noticias contradictorias que afirmaban que la economía china se estaba ralentizando, que estaba en crisis, incluso a punto de colapsar.

Había muchos rumores sobre escándalos, especialmente en torno a los juicios de funcionarios corruptos del partido. A veces no sabía cómo interpretar esas noticias, especialmente cuando se trataba de Bo Xilai. Me había animado la noticia sobre el experimento de Chongqing, liderado por el secretario provincial del partido Bo, un movimiento para revitalizar las tradiciones revolucionarias, para «alabar lo rojo y atacar lo negro». Implicaba cantar canciones rojas y leer libros rojos, tomar medidas enérgicas contra el crimen y la corrupción, alejarse de la liberalización del mercado y adoptar un programa redistributivo de apoyo a las empresas estatales e inversión en vivienda pública, salud y medio ambiente. Luego llegaron las noticias de la caída de Bo, la denuncia del modelo de Chongqing como una vuelta a la Revolución Cultural, junto con detalles escabrosos sobre la huida del teniente de alcalde al consulado estadounidense, el asesinato de un empresario británico, la detención de la esposa de Bo por el asesinato y, posteriormente, la detención y encarcelamiento del propio Bo. Leí muchos detalles al respecto, pero aún así me costaba entenderlo. Era obvio que detrás de todos los detalles escabrosos de la historia había algún tipo de lucha de poder, pero no me pareció que los medios de comunicación occidentales fueran más fiables en este aspecto que en su análisis de todas las demás noticias sobre China.

Por supuesto, también había revistas y editoriales de izquierda que ofrecían otras

perspectivas sobre China, que me parecían mucho más plausibles. *Monthly Review* y *Monthly Review Press* han sido especialmente buenos a la hora de presentar relatos creíbles sobre China. Libros como *The Unknown Cultural Revolution*, de Han Dongping; *From Commune to Capitalism*, de Xu Zhun; *The Battle for China's Past*, de Gao Mobo, y *The Rise of China and the Demise of the Capitalist World Economy*, de Minqi Li, me han aclarado muchas cosas.² Sin embargo, incluso los textos marxistas han adoptado líneas bastante diferentes, lo que se ejemplifica de manera más llamativa en la diferencia entre dos autores que conozco. *Revolution and Counter-Revolution in China*, de Lin Chun, adopta un enfoque muy crítico, pasando de una descripción positiva del período revolucionario a una valoración negativa del período de reformas hasta la actualidad, al que considera una ruptura radical con los valores de la revolución, mientras que *The East Is Still Red*, de Carlos Martínez, defiende la posición del PCCh de continuidad esencial desde la revolución hasta la reforma y hasta ahora, citando a menudo a Deng Xiaoping de forma tan favorable como a Mao Zedong o Xi Jinping.³ Ambos libros y sus autores me han parecido creíbles y útiles para definir mi propia postura.

Conocía a un número cada vez mayor de académicos que iban a China. Se multiplicaban los vínculos institucionales, así como la asistencia a conferencias. También había académicos occidentales que impartían clases allí. Recibí correos electrónicos de académicos chinos que me indicaban que mi trabajo era conocido allí y me pedían que escribiera para revistas publicadas en ese país. Esperé a que me invitaran a ir sin hacer nada para que eso sucediera. Finalmente, sucedió. Mis primeras invitaciones fueron a una conferencia que luego se pospuso y luego a otra en un momento en el que no podía asistir. Luego llegó una solicitud para dar clases en la Universidad de Pekín, lo que hice en su momento. Desde el momento de la primera invitación, supe que iría y me embarqué en un estudio intensivo de China. Leí muchos libros y artículos sobre política, economía, historia y cultura, así como novelas, incluidas novelas policíacas.

También vi muchas películas y series de televisión chinas, donde aprendí mucho que no podía aprender en los libros, detalles sobre la textura de la vida cotidiana y las transformaciones en ese ámbito a lo largo de las décadas. Descubrí este rico recurso casi por casualidad. Había estado leyendo la novela *In the Name of the People*, de Zhou Meisen, que trata sobre la campaña anticorrupción iniciada por Xi, e hice una búsqueda para obtener más información sobre el libro y el autor.⁴ Para mi sorpresa, encontré un enlace a una serie de televisión basada en ella y cobró vida para mí en nuevas dimensiones. Trataba sobre la moralidad política y las luchas de poder en torno a la campaña anticorrupción. Inspirado por Honoré de Balzac, el autor criticaba las novelas modernas que habían bajado el listón y no exigían un conocimiento global de las cosas. Aspiraba a ofrecer una reflexión panorámica de una sociedad en una época de rápidos cambios, con personajes que expresaran la sensibilidad de los distintos estratos que experimentaban ese cambio. Resultaban especialmente interesantes las escenas en las que los miembros del partido, atrapados en la red de la corrupción, ya fuera como investigadores o como culpables, se interrogaban a sí mismos y entre ellos sobre cómo habían perdido el rumbo.

Las series de televisión han sido una parte importante de la cultura popular de mi época, y he visto muchas desde muy joven. También he escrito artículos y libros sobre ellas, aplicando el marxismo al excavar las cosmovisiones subyacentes en las narrativas

culturales.⁵ Por lo tanto, era natural que acogiera con agrado la posibilidad de conocer lo que China estaba produciendo en este ámbito y aplicar este enfoque analítico. Gran parte de lo que se produce, que es muy popular, no es de mi agrado. En la plataforma de redes sociales Red Note, la gente pide y recibe recomendaciones constantemente. Dos de las favoritas que se mencionan constantemente son *Empresses in the Palace* y *Love between the Fairy and the Devil*. Hay muchas series centradas en intrigas dinásticas, tramas fantásticas con divinidades, demonios, profecías, pociones y poderes mágicos, así como romances frívolos y viajes en el tiempo de ciencia ficción. Yo paso de estos dramas tanto en Oriente como en Occidente. Sin embargo, hay muchos otros que son de mi gusto, como los misterios de asesinatos, las sagas familiares, los docudramas históricos y los escenarios de la vida contemporánea en entornos domésticos y laborales.

El drama histórico *Age of Awakening* era otro de los favoritos que se mencionaba constantemente en Red Note y entre mis alumnos chinos. Me encontraba refiriéndome a él constantemente en mis clases y conversaciones. Narra el movimiento cultural nuevo, el movimiento del 4 de mayo y la fundación del Partido Comunista de China, mostrando la transformación de los personajes principales del liberalismo al anarquismo y al comunismo. Muestra a los jóvenes Mao y Zhou en el proceso de convertirse en marxistas bajo la influencia de sus mentores Chen Duxiu y Li Dazhao, que solo les llevaban un paso de ventaja en este proceso. Gran parte de la acción tuvo lugar en la Universidad de Pekín, donde yo iba a dar clases. Otras, como *The Founding of a Party*, *The Founding of a Republic* y *The Pioneer*, también eran fascinantes y hacían que la historia que estaba estudiando fuera mucho más vívida. Otra fue *Situación diplomática*, que trata de la política exterior en las primeras décadas de la República Popular China, fascinante en muchos aspectos, pero que carece de credibilidad en su descripción de los líderes extranjeros, especialmente en su caracterización de Nixon y Henry Kissinger como simples sinófilos soñadores sin ideología imperialista ni sangre en las manos.

Algunas series seguían el destino de una familia, un pueblo o un pequeño grupo de personajes a lo largo de décadas, mostrando cómo los grandes cambios históricos se reflejaban en los detalles cotidianos de sus vidas. *A Lifelong Journey*, *The Bond* y *Like a Flowing River* siguen la transición de la Revolución Cultural a la Reforma y Apertura y el espectacular aumento del nivel de vida que siguió. *Minning Town* comienza con un pueblo remoto, todavía primitivo y pobre en la década de 1990, cuya población fue trasladada al desierto de Gobi, donde construyeron nuevas viviendas, granjas, empresas industriales y, de hecho, una ciudad completamente nueva y moderna. *When Mountain Flowers Bloom* recrea la lucha por devolver al sistema educativo a las niñas rurales que abandonaban la escuela para ser casadas a la fuerza. Todas ellas muestran los numerosos contratiempos y dificultades, incluso injusticias, que se encontraron en el camino, pero transmiten de forma convincente el trabajo extremadamente duro que construyó la China que vemos hoy en día. De hecho, esta es una característica destacada de estos dramas, que los diferencia de los occidentales que he visto toda mi vida, es decir, que se centran en la producción y no solo en el consumo. Rara vez he tenido la sensación de cómo se produce realmente la riqueza y el papel del trabajo en la configuración de la sociedad a partir de los dramas occidentales.

Aunque estas historias tienden a ser favorables al papel del capital, tanto extranjero como nacional, no son en absoluto acriticas. Mientras que algunas, como *Like a Flowing River* y

All Is Well, describen a los ricos empresarios chinos como personas que han ganado su riqueza, otras, como *Burning*, un misterio de asesinato en el que se entrelazan dos familias a lo largo de décadas y que acaban en lados opuestos de la ley, exponen cómo una gran empresa se construyó sobre el asesinato, el fraude y la explotación. *In the Name of the People* y *The Long Night* muestran cómo las empresas privadas expropiaron la riqueza acumulada en las empresas públicas y la ampliaron mediante la colusión con policías y funcionarios públicos corruptos. *Sunrise on the River* se centra en las tensiones entre el desarrollo industrial y la protección del medio ambiente. A menudo se muestran protestas por las condiciones de vida y de trabajo.

Todos estos dramas revelan mucho sobre el posicionamiento de clase, la sensibilidad generacional, los roles de género, las obligaciones familiares, las tradiciones culturales, las políticas y las fuerzas económicas. Lo hacen con personajes complejos, interesantes y, a veces, extravagantes, que hacen que el público se interese por su destino. También hay varios matices sobre las costumbres, las actitudes, el lenguaje corporal y las formas de dirigirse a los demás que el público local da por sentados, pero que a mí, como extranjero, me llamaron la atención. Persisten los estereotipos tradicionales sobre el género e incluso los personajes que son profesionales con estudios y miembros del partido tienden a hacer generalizaciones rutinarias sobre la masculinidad y la feminidad que serían cuestionadas en Occidente. Estos personajes también hacen a veces referencias sorprendentes a la vida después de la muerte.

En la historia de la ficción china durante la vida de la República Popular China, ha habido muchos cambios, así como diferencias en la percepción de estos cambios. Durante el periodo maoísta, gran parte del mundo lo consideraba una bestia de carga de la propaganda del partido, mientras que todo lo que se prohibía en China se convertía en la base de lo que se apreciaba en Occidente. Durante el periodo denghista, florecieron nuevos géneros experimentales y se produjo un salvaje oeste literario. Hoy en día, la mayoría de los escritores no escriben ni para cumplir con los decretos del partido ni para satisfacer las expectativas extranjeras. Hay muchas novelas en línea con narrativas estructuradas como videojuegos, con una jerarquía geek de niveles, tesoros y magia, que muestran una sorprendente falta de desarrollo de los personajes y de madurez moral.⁶ Xi, que ha demostrado una aguda conciencia del papel de la dimensión cultural, ha instado a los artistas a no dejarse llevar por la marea de las fuerzas del mercado.

Gran parte de la ficción china contemporánea, ya sea en novelas o en obras de teatro, articula la dislocación causada por los drásticos cambios en la política gubernamental, tal y como se experimenta a nivel local: cómo la privatización ha desintegrado las comunidades tradicionales, ha creado una vasta población flotante, ha socavado las identidades basadas en los trabajadores y los campesinos como amos de la sociedad que construyen el socialismo, y cómo de repente se sienten a la deriva. Los personajes se preguntan cómo distinguir ya entre capitalismo y socialismo. Se preguntan si la corrupción es una consecuencia del desarrollo económico o si es la naturaleza humana la que hace que el egoísmo sea difícil de contener. Otros no se dan cuenta. En los cuarenta y seis episodios de *All Is Well*, que exploran las tensiones de género, generacionales y entre hermanos, solo hay familia y capital. Nunca se menciona al partido, al gobierno o al socialismo.

Recopilando mis pensamientos de toda una vida de reflexión y lectura sobre China, partí hacia Pekín con la intención de aprovechar la oportunidad para investigar las preguntas que se habían cristalizado en mi mente. ¿En qué sentido es China capitalista y/o socialista? ¿Cuán fuerte es la creencia sincera en el marxismo? ¿Cómo influye esto en las diversas disciplinas académicas de las universidades? ¿Cómo repercute en todo el conjunto de instituciones sociales y en la vida cotidiana? Estas eran las grandes preguntas, pero tenía muchas más. Fui tanto para enseñar como para aprender.

Llegué después de un vuelo largo, sin dormir y abarrotado, sintiéndome como un zombi, pero decidida a lidiar con el 'jet lag' lo mejor que pudiera y ponerme manos a la obra. Los estudiantes me recibieron en el aeropuerto y me ayudaron de muchas maneras en los días siguientes. Mi residencia universitaria era Zhongguanyuan Global Village, un complejo donde viven profesores y estudiantes extranjeros. Hubo una encantadora cena de bienvenida con profesores y estudiantes que a veces se parecía más a un seminario, con una pregunta tras otra que me pedían que me pronunciara sobre temas importantes: «Profesora, ¿cuáles cree que fueron las razones de la caída de la Unión Soviética?», «Profesora, ¿cómo explica el auge de la extrema derecha?».

El campus de la Universidad de Pekín tiene muchas aulas e instalaciones como cualquier universidad moderna, pero también características distintivas, como edificios con aleros curvados, pagodas, pabellones, torres, jardines, lagos y puentes. Podía ser muy tranquilo sentarse junto al lago al atardecer, pero aterrador perderse en la oscuridad con cientos de motocicletas acercándose a mí desde todas las direcciones. Hay muchos recuerdos del pasado revolucionario y del papel que desempeñó esta universidad en todos los grandes movimientos de su época. El primer día me propuse visitar la tumba de Edgar Snow y la estatua de Li Dazhao. A menudo pensaba en Li, que fue el primero en dar clases sobre marxismo en esta universidad, y me sentía honrada de estar entre los muchos que siguieron sus pasos al hacerlo.

Trabajaba en la Escuela de Marxismo, una unidad con aproximadamente sesenta profesores, trescientos estudiantes de posgrado y ochenta de grado. También hay profesores visitantes del extranjero que imparten cursos completos o dan conferencias puntuales. Hay secciones sobre los principios básicos del marxismo, la historia del marxismo, el marxismo chino, el marxismo en el extranjero, la educación política, la historia china, la economía política, el socialismo científico y la construcción del partido. Hay Escuelas de Marxismo en la mayoría de las universidades chinas, aunque la Universidad de Pekín es quizás la más destacada, dadas sus tareas como la creación de un centro documental para la investigación marxista y la organización del Congreso Mundial de Marxismo (llamado «Davos para marxistas»). Yo hablaré en el próximo congreso. Xi hizo su doctorado en Marxismo en la Universidad de Tsinghua, especializándose en educación política, y ha sido un gran promotor de estas escuelas. También di clases en la Escuela de Marxismo de la Universidad Renmin.

Diseñé mis clases para que se ajustaran lo mejor posible a lo que tenía que ofrecer y a las lagunas que pudiera haber. Cada clase trataba un tema como la modernidad, la ciencia, la cultura, la historia de la filosofía, la filosofía de la historia, la totalidad, la clase y la política de identidad. Comencé cada clase con una serie de preguntas, esboqué el pensamiento de pensadores clásicos, como Karl Marx, Frederick Engels, V. I. Lenin, Nikolai Bukharin, y lo

desarrollé más a fondo con Mao, Georg Lukács, Antonio Gramsci, J. D. Bernal y otros. Destacaba los puntos controvertidos y las posiciones adoptadas en los debates clave. Al final dejaba tiempo para incitarles a tomar posiciones. Algunos estudiantes universitarios chinos eran tímidos a la hora de hablar y no estaban acostumbrados a los debates en clase, pero los estudiantes extranjeros y los estudiantes de posgrado chinos no tenían ninguna vacilación. Las clases eran muy animadas. Cada semana aumentaba el número de asistentes y había muchos más que los que cursaban la asignatura para obtener créditos.

Dediqué mucho tiempo a hablar con los estudiantes, preguntándoles por sus antecedentes, sus esperanzas para el futuro y las razones por las que habían elegido estudiar marxismo avanzado y afiliarse al partido. La mayoría de los profesores y estudiantes de la escuela son miembros del partido o aspirantes a serlo. Les pregunté por el procedimiento para afiliarse al partido, que dura varios años, durante los cuales participan en diversas actividades y grupos de estudio y redactan informes. En una ceremonia, dos patrocinadores de cada candidato hablan sobre ellos, el candidato lee su declaración sobre por qué quiere afiliarse al partido, luego se celebra una votación y, finalmente, prestan juramento de «trabajar duro, luchar por el comunismo durante toda mi vida, estar dispuesto en todo momento a sacrificarlo todo por el partido y el pueblo». Creo que estos estudiantes lo dicen sinceramente.

Sin embargo, hay más de cien millones de miembros del Partido Comunista de China y cabe preguntarse cuántos de ellos son comunistas dedicados a sacrificarlo todo por el comunismo. Hay muchos que lo hacen por las mismas razones por las que en todas partes hay gente que se afilia a un partido en el poder. Se considera necesario para ocupar cargos en el Gobierno. En las escuelas y universidades, hay un alto grado de afiliación al partido, incluso entre aquellos que no emplean el marxismo en su enseñanza e investigación, e incluso algunos que articulan posiciones contrarias al marxismo. Este es particularmente el caso en campos como la economía, donde el neoliberalismo es fuerte, incluso dominante en algunos lugares. En China, al igual que en la URSS y en otros lugares, conocí a miembros de partidos comunistas que no eran comunistas. También conocí a marxistas serios que no eran miembros del partido, en parte debido a la presencia y el poder de quienes no eran marxistas en los partidos.

Tuve el honor de ser invitado por la rama del partido de la Escuela de Marxismo a participar en una jornada de trabajo y debate en una granja. Cosechamos batatas, preparamos y comimos la comida, paseamos por la granja y, finalmente, tuvimos una reunión del partido, en gran parte sobre las tareas que les esperan a la luz del Tercer Pleno del XX Comité Central. Hablaron de profundizar la reforma, de garantizar que vaya en dirección socialista y de las críticas del extranjero, tanto de la derecha como de la izquierda. El secretario del partido utilizó la analogía de montar en bicicleta, avanzando mientras se mantiene el equilibrio. Me pidieron que hablara en ella. Hablé de mis experiencias en la URSS y de lo importante que es para China no seguir el camino de la URSS. El Partido Comunista de China ha estudiado detenidamente la historia de la URSS en todas sus fases. Finalmente, recibí un gran aplauso por insistir en que los marxistas nunca podrían jubilarse.

Exploré el barrio local, la zona de Haidian en Pekín. Encontré un gimnasio al aire libre, donde hacía ejercicio regularmente y conocía a gente del lugar. El primer día, solo había un

hombre allí. Caminaba en círculos cantando con una belleza y una compostura conmovedoras. Otros días había gente practicando tai chi o bailando, sola o en grupo. Cuando me aventuraba más lejos, a menudo me acompañaban estudiantes, que me ayudaban a orientarme en el sistema de transporte y a descubrir lugares interesantes de la ciudad, como los *hutongs* (calles con viviendas tradicionales), parques y museos.

Los museos estaban comisariados con verdadero estilo, dando vida a diversas personas, acontecimientos y movimientos de la forma más creativa. El museo del partido, inaugurado en 2021 para conmemorar el centenario del partido, era monumental, como correspondía a la monumental historia que conmemoraba. Entre las exposiciones más memorables se encontraban las reconstrucciones que evocaban la larga marcha de una manera muy visceral y la horca en la que fue ahorcado Li Dazhao. Poco después, asistí a una ópera sobre los últimos días y la muerte de Li. Era muy teatral, con una iluminación llamativa, bailes, cantos y diálogos. Había demasiadas letras sobre las glorias de la juventud, pero también fuertes afirmaciones del marxismo y la seriedad de sus convicciones políticas. Los coros representaban a los estudiantes, las masas trabajadoras, la policía y los verdugos. Al final se cantó La Internacional. En los museos y en otros lugares, me impresionó cómo se honraba a Chen Duxiu como uno de los primeros marxistas de China, profesor de la universidad, fundador del partido y su primer secretario general, a pesar de que más tarde fue expulsado del partido y se convirtió en líder del movimiento trotskista. En la URSS, habría sido borrado de la historia oficial, al igual que Nikolái Bujarin, Grigori Zinóviev, León Trotski, etc.

En estos museos, especialmente en los dedicados a la universidad, el Estado y el partido, luché con las cuestiones historiográficas que me atormentaban, sobre todo la tendencia a restar importancia a los logros del periodo maoísta, a ofrecer una visión desequilibrada de la Revolución Cultural, a no ofrecer ninguna explicación o análisis de acontecimientos como los de la plaza de Tiananmen en 1989 y el modelo de Chongqing, y a articular una posición acrítica sobre el periodo de reformas.

La línea sobre la Revolución Cultural era básicamente que una facción ultraizquierdista llegó al poder, se produjo el caos, se interrumpió la educación, se quemaron libros, se destruyeron objetos culturales y se atacaron ministerios y embajadas. Según esta versión, personas inocentes sufrieron hasta que el partido tomó medidas para reequilibrar el país y garantizar el progreso futuro. Hay algo de verdad en esto, pero la historia no acaba ahí.

Otros sostienen que fue una movilización masiva destinada a acelerar el avance hacia el socialismo, que permitió una participación democrática radical y trajo grandes avances en la producción agrícola e industrial, así como en la salud y la educación rurales. Continúan argumentando que las políticas del período que siguió dismantelaron las estructuras colectivizadas, incentivaron las empresas capitalistas, provocaron el deterioro de la salud y la educación rurales, condujeron a una migración masiva y desempoderaron tanto a los migrantes rurales como a los trabajadores urbanos. Desaparecieron los sistemas sociales que proporcionaban empleo, vivienda, salud, educación y seguridad en la vejez desde la cuna hasta la tumba, ya que el gobierno impuso la mercantilización de estas funciones.⁷ Conocí a una persona que vivió la Revolución Cultural y que, aunque admitía sus excesos, seguía considerándola como la reivindicación de los trabajadores de su lugar como dueños

de la historia, y creía que lo que vino después fue una traición a la revolución. Otra persona mostraba orgullo al cantar las canciones revolucionarias y al recordar el compromiso que todos hicieron como jóvenes pioneros de que las preciosas vidas de quienes hicieron la revolución no se desperdiciarían. Para Lin, la Revolución Cultural fue «doblemente trágica». No solo no alcanzó su objetivo y se desacreditó a sí misma, sino que también provocó exactamente lo que pretendía evitar.⁸

Muchos de los que se levantaron durante la Revolución Cultural observaron lo que estaba sucediendo durante la reforma y se preguntaron en qué se estaba convirtiendo el país a medida que la economía y, de hecho, toda la cultura del capitalismo se afianzaban. Aunque el partido argumentaba que todavía estaba en el camino hacia el socialismo, muchos tenían dudas. Muchos de ellos se levantaron de nuevo en una serie de protestas a finales de la década de 1980. Este es el período más polémico de la historiografía de la República Popular China. El principal problema es que existe una narrativa dominante en el mundo sobre la plaza de Tiananmen en 1989, así como una contranarrativa creíble, pero la China oficial tiende a ignorar todo el asunto. Me paré en la plaza de Tiananmen y pregunté a los estudiantes que me acompañaban qué pensaban sobre lo que había ocurrido allí. Me dijeron que no lo habían estudiado, que no había nada al respecto en Internet en China y que se mostraban reticentes a buscar en Internet, porque no sabrían qué creer. Les expresé mi opinión de que este acontecimiento ocupaba un lugar muy importante en la narrativa mundial sobre China y que era importante desarrollar criterios para evaluar las afirmaciones contradictorias sobre este y muchos otros asuntos. Seguí insistiendo en este tema en otras conversaciones. Algunos creían que los miembros del partido no podían hablar de ello, mientras que otros, incluidos miembros del partido, sí lo hacían.

La opinión predominante en el resto del mundo es que los estudiantes y otras personas se rebelaron contra todo el sistema y que el Estado intervino con armas y tanques y masacró a los manifestantes pacíficos en la plaza de Tiananmen. Existe una narrativa contraria procedente de diversas fuentes, entre ellas periodistas y diplomáticos extranjeros que se encontraban en el lugar, que afirman que no se produjo ninguna masacre en la plaza, que el hombre del tanque se marchó, que los manifestantes atacaron y mataron a policías y soldados en las calles circundantes, que hubo enfrentamientos en los que murieron varios cientos de personas y que hubo participación de la CIA y el MI6.⁹ Cuando lo vi desde lejos en 1989, vi estos acontecimientos dentro de una ola de acontecimientos similares en Europa del Este, donde estaba mucho más cerca de la acción. Tal y como lo veo ahora, los que protestaban en China y en otros lugares abarcaban todo un espectro, desde los que querían una forma mejor de socialismo hasta los que querían abandonar el socialismo. En China, abarcaba tanto a los que temían que el país tomara el camino del capitalismo como a los que querían que acelerara por ese mismo camino. Si bien lo que ocurrió en China fue trágico, lo que ocurrió en Europa del Este lo fue aún más. China abrió más las puertas al capitalismo, pero mantuvo abierta una vía hacia el socialismo.

En gran parte del mundo ha habido una tendencia a creer que China fue primero socialista y pobre, y luego capitalista y rica. Sin embargo, tanto el partido como sus críticos de izquierda señalan que los avances logrados por China en el último período no podrían haberse logrado sin las bases sentadas durante el período anterior. El problema era en qué se estaba convirtiendo China. Tanto en China como en el extranjero, la gente se pregunta si

China es capitalista o socialista. Cuando me lo preguntan, respondo que es ambas cosas. Creo que China está llevando a cabo un enorme experimento histórico mundial en una nueva relación entre el capitalismo y el socialismo, utilizando de alguna manera el capitalismo para construir el socialismo. Algunos aspectos de esta dinámica ya existían, por ejemplo, en la URSS durante la Nueva Política Económica y de nuevo durante la perestroika, pero la escala en China es única. Me reconforta el papel del Estado en el control de los puntos clave de la producción y la inversión, así como en la propiedad de la tierra, pero me preocupa el alcance y el poder del capital a la hora de explotar la mano de obra y socavar los valores socialistas. También me impresiona la mayor regulación del capitalismo y la renovación del énfasis en el marxismo bajo el mandato de Xi.

China no pretende haber logrado nada más que una etapa primaria del socialismo y se encuentra en un largo camino hacia una forma más avanzada de socialismo. A pesar de todo lo que se logró entre 1949 y 1976, entiendo por qué era necesaria una nueva dirección y por qué la reforma y la apertura han traído consigo inversiones industriales, avances científicos y tecnológicos, reducción de la pobreza e interacción internacional. Sin embargo, me pregunto si era necesario descolectivizar la agricultura, privatizar las empresas estatales o mercantilizar la vivienda, la sanidad, la educación y otros servicios sociales públicos.

Existe una interacción compleja y dinámica entre los elementos capitalistas y socialistas, en la que las líneas de batalla a menudo se difuminan en un discurso sobre la reforma y la modernización que oscurece la tensión entre el capitalismo y el socialismo. Hay muchas conferencias, seminarios, artículos y libros sobre el «camino chino hacia la modernización», en los que gran parte de este discurso es interesante, pero a menudo repetitivo y evasivo, desplazando el discurso sobre el capitalismo y el socialismo y sin aclarar cómo esta impresionante y acelerada modernización va a convertirse en un socialismo avanzado. El objetivo intermedio es la prosperidad común, un objetivo deseable, pero que muchos países reivindicarían, incluso si sus gobiernos están en deuda con fuerzas nacionales e internacionales que lo socavan, mientras que China está más genuinamente comprometida con su consecución. Sin embargo, no aborda la cuestión de la distribución justa, de cuánto de lo que se produce colectivamente puede ser apropiado de forma privada. Está muy lejos de «de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades».

Hay personas en China que se enfrentan a estas cuestiones de forma honesta e inteligente. El ambiente intelectual en China es mucho más libre de lo que mucha gente en Occidente cree. Los límites del discurso son difusos y fluidos. En cada encuentro, yo ponía a prueba los parámetros. Había personas con las que podía decir cualquier cosa y estar seguro de que cada pregunta sería respondida con una respuesta bien informada y sin restricciones. Otros eran más reservados y/o menos informados. Esto es muy similar en todas partes, incluida la tendencia a la autocensura cuando el territorio de la transgresión no está claramente delimitado. La buena noticia global de Deepseek se vio empañada para mí por el número de veces que ofrecía respuestas impresionantes, que rápidamente desaparecían para ser sustituidas por «Lo siento, eso está fuera de mi alcance actual. Hablemos de otra cosa». Una de mis preocupaciones mientras me preparaba para venir a China era cómo sortear el Gran Cortafuegos de China para poder acceder al correo electrónico de mi universidad. Entiendo la vigilancia justificada contra la subversión, porque hay fuerzas poderosas que conspiran para derribar a China. Un estudiante estadounidense que conocí allí insinuó que algunos de

sus compatriotas que aprendían chino probablemente eran espías. La CIA, el MI6 y otros servicios de seguridad aprovecharían cualquier posibilidad de fomentar una revolución de color en China.

Hay muchos extranjeros en China dedicados a muchas actividades. Conocí a bastantes y expresaron opiniones diversas, incluidas algunas muy hostiles. Un profesor visitante me abordaba cada día durante el desayuno para exponer todos sus argumentos liberales contra el marxismo. Otros estaban haciendo su vida en China, algunos dedicándose a explicar China al resto del mundo y el resto del mundo a China. Ben Norton, a quien ya seguía en las redes sociales, me pareció especialmente impresionante en este sentido, centrado en la economía geopolítica. Allí llevaba mucho más tiempo Fred Engst, profesor de economía, nacido en China y que había pasado gran parte de su vida allí. Su padre, Erwin Engst, y su madre, Joan Hinton, trabajaron en China desde la década de 1940. Su tío William Hinton fue el autor de *Fanshen*, *Shenfan* y *The Great Reversal*. Fred, junto con su tío y sus padres, apoyó la revolución y se opuso a la reforma que le siguió. Mis conversaciones con él me dieron mucho que pensar.

Los nacidos más tarde crecieron con la perspectiva de la «literatura de la cicatriz», que enfatiza los impactos negativos del período revolucionario. En la escuela secundaria y la universidad, a Xu le enseñaron que la colectivización fue un fracaso y que la descolectivización era necesaria para avanzar. Él aceptó esto hasta que más tarde leyó a Mao y Hinton y habló con personas de su propia zona rural que habían vivido la colectivización y la descolectivización, y llegó a la conclusión opuesta. Su libro *From Commune to Capitalism* lleva por subtítulo *Cómo los campesinos chinos perdieron la agricultura colectiva y ganaron la pobreza urbana*, y muestra cómo la descolectivización desempoderó y empobreció a las poblaciones rurales, al tiempo que sentó las bases para una mayor privatización y transición capitalista.¹⁰ Viajando entre Oriente y Occidente, es otra persona experta en explicar China al resto del mundo y viceversa. Forma parte del renacimiento marxista en China. Aunque muchos chinos estaban esclavizados por el mundo capitalista, Xu sostiene que la experiencia real del capitalismo les ha abierto los ojos y les ha hecho volver a mirar hacia el socialismo. Pasamos horas paseando por el campus de la Universidad de Pekín, donde él fue estudiante, discutiendo muchas dimensiones de la coyuntura actual. Me pareció una persona especialmente abierta, conocedora y perspicaz, no solo en materia de política y economía, sino también de cultura.

Otra persona que también se graduó en Economía en la Universidad de Pekín y en la Universidad de Massachusetts y que cambió de opinión es Minqi Li. Era un activo defensor del neoliberalismo y la transición capitalista y fue detenido en 1990. Durante su estancia en prisión, leyó a Mao y otras obras marxistas y se convirtió en un marxista convencido y opositor del neoliberalismo y la transición al capitalismo. Defiende con firmeza que el auge global de China erosionará los cimientos de la acumulación de capital y acelerará la desaparición del sistema capitalista, y que la única forma de evitar el colapso de la civilización será la transición a un sistema mundial socialista.¹¹

Mientras que muchos en China buscaban seguir el camino de EEUU con la economía neoliberal, la cultura al estilo de Hollywood y los estilos de vida individualistas, otros contraatacaron, no solo aquellos que recordaban los años revolucionarios, sino también

aquellos que se los habían perdido. Un libro titulado *China Can Say No* (China puede decir no) se convirtió en un éxito de ventas y le siguieron otras secuelas de *Say No* (Di no).¹² Sitios web como Utopia y Red China han contraatacado contra la occidentalización y han buscado revivir las tradiciones revolucionarias. El renacimiento marxista se ve impulsado tanto desde arriba como desde abajo. El partido y el Estado, durante la presidencia de Xi, aunque han hecho hincapié en la continuidad con el período de reformas, han tomado medidas para regular el capital, purgar la corrupción, criticar el nihilismo histórico y promover el marxismo. Lo han hecho no solo apoyando cursos, conferencias y textos marxistas, sino también producciones culturales creíbles, como las series que he estado viendo. *La era del despertar*, por ejemplo, tuvo un enorme impacto. Tras un episodio en el que se mostraba a los hijos de Chen Duxiu siendo ejecutados en la horca, miles de jóvenes acudieron en masa a sus tumbas. Aunque este renacimiento cuenta con el respaldo oficial, en gran parte se trata de un movimiento genuino desde abajo. Veo pruebas de ello cada día cuando navego por Red Note, con muchos debates serios y viñetas e memes ingeniosos que ilustran la diferencia entre el capitalismo y el socialismo. También lo veo en mis clases.

Otros no están tan seguros. En las novelas chinas encuentro expresiones de desorientación, falta de arraigo y crisis de sentido, similares a las que encuentro en las novelas contemporáneas en general. En China, esto tiene un tono específico, que refleja el desorden causado por los cambios sociales, no solo en materia de políticas, sino también de significado y valores. Por ejemplo, los personajes de *Cocoon*, de Zhang Yueran, explican la trayectoria de sus vidas con pensamientos como: «Los tiempos cambiaban tan rápidamente que un paso en falso y te encontrabas fuera de terreno firme, cayendo en picado al abismo. Seguir la corriente era realmente muy difícil... No tengo una visión del mundo. Simplemente voy pasando la vida día a día... No era tan simple como la infelicidad. Todo su cuerpo apestaba a decadencia. Algo había muerto: su pasión, su fe, su espíritu de lucha. Irreversiblemente perdido».¹³

Un nuevo libro de Xu Jilin sostiene que la generación más joven es individualista, está desconectada de la cultura roja, no le interesan las grandes narrativas y solo vive para su propio bienestar, pero sus vidas se caracterizan por un profundo vacío y hastío. ¹⁴ Lin observa que se ha producido una fractura del tejido social, lo que ha dado lugar a la disonancia social, la alienación, la crisis de identidad y la decadencia moral.¹⁵ Esto se manifiesta en un auge de la superstición, el realismo, el consumismo, el individualismo, la involución, la confusión, la adicción a los juegos y al juego, la depresión y el suicidio. En la última clase de mi curso, mencioné que estaba escribiendo algo sobre la crisis de sentido en el capitalismo, que los estudiantes quisieron profundizar durante y después de la clase, insistiendo en que los síntomas que yo identificaba también estaban presentes en China. Le pregunté a una estudiante de otra universidad de Pekín por su vida y me respondió con tristeza: «No hay ambiente socialista».

Los valores socialistas siguen siendo fuertes. Incluso las expresiones de desorientación y decepción revelan un deseo de socialismo. Si China siguiera el camino de la URSS, sería un desastre, no solo para China, sino para el mundo. EEUU está en declive, mientras que China avanza con fuerza. El capitalismo en sí mismo está en un declive prolongado, causando caos, confusión y destrucción a gran escala. China se presenta ante el mundo como una sociedad que avanza con fuerza. El capitalismo es decadente, pero sigue siendo dominante, y cada

día muestra síntomas cada vez más virulentos de desintegración civilizatoria. En China, el ambiente es diferente. Hay una sensación de alternativa y de avance.

China ha logrado lo que quizás sea la modernización más espectacular de la historia del mundo en cuanto a duración y escala, logrando y superando en décadas lo que en otros lugares llevó siglos. A pesar de algunos pasos en falso, desgracias e incluso tragedias, ha desarrollado fuerzas productivas en la agricultura, la industria, la tecnología, la ciencia y la cultura. Ha sacado a millones de personas de la pobreza y las ha llevado a la prosperidad. Se ha integrado en el sistema global, para bien y para mal. Fabrica gran parte de lo que consume el resto del mundo. Es líder mundial en energía verde y otros avances científicos y tecnológicos necesarios para la supervivencia global. Es una fuerza para la paz en un mundo loco en el que los tambores de guerra suenan más peligrosamente que nunca. Por eso, veo a China como la esperanza del mundo.

En mi proceso de descubrimiento de China, me doy cuenta de que no soy Marco Polo y que estoy lejos de ser una experta en China, a diferencia de otros autores de *Monthly Review* sobre China. Ni siquiera llegué a visitar muchas de las magníficas atracciones turísticas ni volví con fotos de deslumbrantes paisajes urbanos, trenes bala o guerreros de terracota, pero me he involucrado en asuntos de importancia histórica mundial para todos nosotros en mis investigaciones sobre China, con la esperanza de que sea útil compartir lo que he aprendido de mis lecturas, observaciones, escuchas, viajes y enseñanzas con otras personas que no han tenido esas oportunidades. Vuelvo para enseñar de nuevo y aprender más, con la aspiración de ser una voz de claridad para contrarrestar la confusión y la hostilidad generadas en la nueva Guerra Fría contra China.

** Profesora emérita de la Universidad de Dublín, Irlanda, y profesora visitante en la Universidad de Pekín, donde enseña filosofía marxista.*

Notas

1. Edgar Snow, 'Red Star Over China' (Nueva York: Random House, 1938); William Hinton, 'Fanshen' (Nueva York: Monthly Review Press, 1966).
2. Dongping Han, 'The Unknown Cultural Revolution' (Nueva York: Monthly Review Press, 2000); Zhun Xu, 'From Commune to Capitalism' (Nueva York: Monthly Review Press, 2018); Mobo Gao, 'The Battle for China's Past' (Londres: Pluto Press, 2008); Minqi Li, 'The Rise of China and the Demise of the Capitalist World Economy' (Nueva York: Monthly Review Press, 2008).
3. Lin Chun, 'Revolution and Counterrevolution in China' (Londres: Verso, 2021); Carlos Martinez, 'The East is Still Red' (Londres: Praxis Press, 2023).
4. Zhou Meisen, 'In the Name of the People' (Londres: ACA Publishing, 2021).
5. Helena Sheehan, 'Irish Television Drama: A Society and Its Stories' (Dublín: Radio Telefis Eireann, 1987) y Helena Sheehan y Sheamus Sweeney, «'The Wire' and the World: Narrative and Metanarrative», 'Jump Cut' 51 (primavera de 2009).
6. Megan Walsh, 'The Subplot: What China is Reading and Why It Matters' (Nueva York: Columbia Global Reports, 2022).
7. Esta imagen surge de los libros de Xu Zhun, Han Dongping, Lin Chun y Gao Mobo

citados anteriormente, así como de muchas otras fuentes que he leído, como Rebecca Karl, 'Mao Zedong and China in the Twentieth-Century World: A Concise History' (Durham: Duke University Press, 2010).

8. Lin, 'Revolution and Counterrevolution in China', 115.
9. Qiao Collective, «Tiananmen Protests Reading List», 4 de junio de 2025, qiaocollective.com.
10. Xu, 'From Commune to Capitalism'.
11. Li, 'The Rise of China and the Demise of the Capitalist World Economy'.
12. Song Qiang, Zhang Zangzang, Qiao Bian, Tang Zhengyu y Gu Qingsheng, 'China Can Say No' (Pekín: China Times Publishing Company, 1996).
13. Zhang Yueran, 'Cocoon' (Nueva York: World Editions, 2022), 8, 23,163.
14. Xi Jilin, 'Waves of the Past and Future' (Shandong: Shanghai Sanlian Bookstore, 2025), resumido por Thomas Des Garets Geddes, «[Xu Jilin on Sexuality, Boredom and Political Apathy Among China's Youth \(Part 1\)](#)», Sinification, 28 de febrero de 2025, sinification.com.
15. Lin, 'Revolution and Counterrevolution in China', 273.

monthlyreview.org

<https://www.lahaine.org/mundo.php/explorando-la-revolucion-china-hoy>